

consonni

Akwaeke Emezi

Agua dulce

TRADUCCIÓN
Arrate Hidalgo



«Un relato eléctrico y hechizante sobre el peligro y los impulsos. [...] Tan sorprendente y misteriosa como los dioses que la narran. [...] La última gran aportación al emocionante boom que está experimentando la novela nigeriana». —**Sam Sacks, *The Wall Street Journal***

«El viaje que se emprende en la novela es un remolino de experiencias vívidas, violentas y dolorosas, plasmadas por Emezi en esquirlas [afiladas y brillantes]. [...] La escritura lírica de Emezi, de prosa aliterativa y simétrica, explora las preguntas más profundas de la otredad, las que se hacen un corazón y un alma [...], a puerta abierta, en pugna por alcanzar la paz». —
Susan Straight, *Los Angeles Times*

«*Agua dulce* no se parece a ninguna novela que haya leído. [...] Emezi no solo ha contribuido enormemente a la mitología igbo: también ha creado una novela tan única y original que es como si estuviera reinventando el medio mismo». —**Safa Jinje, *Toronto Star***

«Hechizante y desgarradora, *Agua dulce* de Akwaeke Emezi es una novela de paso a la madurez diferente a todas las demás. [...] Cualquiera que haya experimentado lo que es ser un inadaptado o un marginado se verá representado vivamente». —**David Wright, *The Seattle Times***

«Akwaeke Emezi divide los mares de la conciencia en *Agua dulce*, su cautivadora novela debut». —**Sloane Crosley, *Vanity Fair***

«Leer [*Agua dulce*] a toda prisa era como faltarle al respeto a los dioses, o a Emezi, o a toda la literatura, pues es el tipo de novela que merece, qué digo, exige que te sumerjas y te concentres. Cada una de las frases hacía que me diera vueltas la cabeza, cada párrafo me mantenía en tensión, cada capítulo me dejaba con ganas de más». —**Tor.com**

«Un debut de extraordinario lirismo. La deconstrucción que hace Emezi de la identidad es fascinante; su forma de abordar temas tan delicados, conmovedora». —**Entertainment Weekly**

«Infinitamente superior a la típica novela de paso a la madurez. [...] Un libro que atrapa al lector y logra lo que ya querrían muchos libros posmodernos —analizar e interrogar la conciencia fracturada— con una destreza incomparable a la de muchos de sus contemporáneos». —**Riveter**

«*Agua dulce*, la primera novela de Akwaeke Emezi, marca el comienzo de lo que sin duda será una longeva y aclamada carrera literaria. [...] Te dejará sin aliento de principio a fin». —**PopSugar**

«En su alucinante debut, Emezi entreteje mitos igbo tradicionales para poner patas arriba las manidas narrativas alrededor de la enfermedad mental y, al hacerlo, se ha garantizado un hueco en el panorama de la ficción literaria como una de las voces más importantes por venir». —**Booklist**

«El talento de Emezi es indiscutible. Su brillante manera de representar el conflicto que arrasa la “cámara de mármol” de la psique de Ada da como resultado este impresionante debut». —**Publishers Weekly**

«*Agua dulce* es un llamamiento a todas aquellas personas que sentimos que nuestras mentes están pobladas por más fantasmas y complejidades de lo normal. [...] Una experiencia literaria inolvidable». —**Esmé Weijun Wang, autora de *The Border of Paradise***

«Nunca he leído una novela como esta; una que habla de la unificación y separación de cuerpos y almas, de los poderes de los que dioses y humanos gozan y carecen, del largo y arduo viaje que supone reclamar nuestros muchos yoes o liberarlos a todos». —**Chinelo Okparanta, autora de *Bajo las ramas de los udala***

«Al mismo tiempo ficción y memorias, potente en su riqueza de espíritu y honestidad sexual, el texto da la impresión de haber sido no tanto escrito por Emezi como canalizado a través de su persona». —**Taiye Selasi, autora de *Lejos de Ghana***

«*Agua dulce* es una novela despiadadamente espiritual con una narración sofisticada, precisa y elegante». —**IndiePicks Magazine**

«Akwaeke Emezi posee un talento mayúsculo y sobrecogedor». —**NoViolet Bulawayo, autora de *Necesitamos nombres nuevos***

«Con este impresionante debut, Akwaeke Emezi nos ha bendecido con nada menos que una obra maestra. *Agua dulce* es un viaje de pérdida y reconciliación, de hogar y desamor; en definitiva: es una guía para supervivientes sobre cómo alcanzar la armonía entre el espíritu y la carne. [...] Por si hace falta repetirlo: una puta obra maestra». —**Daniel José Older, autor superventas *The New York Times* con la serie *Shadowshaper Cypher***

«¿Qué pasaría si no fuéramos una persona, sino tres en un solo cuerpo, creado por dioses negligentes que se olvidaron de “cerrar la puerta” después? La novela de Akwaeke Emezi, *Agua dulce*, plasma una historia inolvidable y rabiosamente singular sobre la identidad, la salud mental y el mundo que se halla más allá del nuestro». —**Tananarive Due, autora de *Ghost Summer Stories***

copia no comercial

Agua dulce

Akwaeke Emezi (1987) es artista y escritor residente en espacios liminales cuya fulminante trayectoria le ha propulsado a la portada del número de junio de 2021 de la revista *TIME* como parte de un grupo de líderes de la próxima generación. Su práctica artística se ubica en la metafísica del espíritu negro, valiéndose del vídeo, la performance, la escritura y la escultura para crear rituales en los que procesar su encarnación como entidad no humana/ogbanje/descendiente de una deidad. Emezi nació en Umuahia y creció en Aba, Nigeria; su nombre cuenta con el reconocimiento «5 menores de 35» de la National Book Foundation de Estados Unidos.



Agua dulce

Akwaeke Emezi

Traducción de Arrate Hidalgo

consonni

Autoría **Akwaeke Emezi**
Traducción **Arrate Hidalgo**
Corrección **Sonia Berger** y **Gemma Deza Guil**
Corrección español dominicano **Marielys Duluc Reyna**
Diseño de colección **Rosa Llop**
Maquetación **Cristina Irisarri**
Imagen de cubierta **Ana Galvañ**
Impresión **Gráficas Iratxe**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
octubre de 2021, Bilbao

ISBN: 978-84-16205-78-3
Depósito legal: BI 01269-2021

Edición original: *Freshwater*, Grove Atlantic, 2018
© 2018 by Akwaeke Emezi. Todos los derechos reservados
© de la traducción, Arrate Hidalgo, 2021
© de la imagen de cubierta, Ana Galvañ, 2021
© de esta edición, consonni ediciones, 2021

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Para quienes
tenemos un pie
en el otro lado.

Capítulo uno

*He vivido muchas vidas dentro de este cuerpo.
Viví muchas otras antes de que me metieran en él.
Y viviré aún muchas más cuando me saquen.*

Nosotros

La primera vez que nuestra madre vino a buscarnos, gritamos.

Nosotros teníamos tres años y ella era una serpiente enroscada sobre las baldosas del baño, a la espera. Pero habíamos pasado los últimos años creyendo en nuestro cuerpo, pensando que nuestra madre era otra, una humana delgada que se ponía colorete en los pómulos y llevaba unas gafas enormes de culo de vaso. Y, por lo tanto, gritamos. Los confines no están tan claros cuando se es nuevo. Existió un tiempo anterior a que tuviéramos cuerpo, cuando este aún se construía, célula a célula, dentro de la mujer delgada, produciendo órganos, creando sistemas meticulosamente. En aquel tiempo solíamos salir y entrar, fugaces, para comprobar cómo

iba el feto, silbando por el agua en la que flotaba, en armonía con las canciones que entonaba la mujer delgada. Las canciones eran himnos católicos de su familia, cuyos cuerpos ahora eran ceniza almacenada dentro de los muros de una catedral de Kuala Lumpur. Nos divertía distorsionar el ritmo litúrgico de aquella música y enrollarlo alrededor del feto hasta que pateaba de contento. A veces abandonábamos el cuerpo de la mujer delgada para ir flotando tras ella y explorar la casa que regentaba; la seguíamos a través de las paredes azul cáscara, la observábamos mientras formaba bolas de masa, mirábamos como le burbujaban los chapatis bajo las manos.

Era menuda, de ojos y pelo oscuro y piel marrón claro, y se llamaba Saachi. Nació la sexta de ocho hijos en el undécimo día del sexto mes, en Malaca, al otro lado del océano Índico. Más adelante tomó un vuelo a Londres y se casó con un hombre llamado Saul entre ráfagas de saris, flores y velos blancos. Él era un hombre enérgico de piel marrón oscuro. Tenía sonrisa de vividor y la cabeza cubierta de prietos bucles negros cortados al ras. Cantaba canciones de Jim Reeves en un barítono exagerado, hablaba ruso con soltura, sabía latín y bailaba el vals. A Saul y Saachi los separaban doce años y, sin embargo, formaban una pareja bella y armoniosa que surcaba con gracia la ciudad gris.

Para cuando se hubo implantado nuestro cuerpo en el revestimiento interno de ella, ya se habían mudado a Nigeria. Saul trabajaba en el hospital Queen Elizabeth de Umuahia. Ya tenían un niño, Chima, nacido en Aba tres años antes, pero para este bebé (para nosotros) era importante volver a Umuahia, donde nació Saul, y su padre antes que él, y antes de este, su padre. Era la sangre, que recorría senderos que se hundían en el suelo, lubricaba las puertas, transmutaba la oración en carne. Más adelante habría otra niña, nacida una vez más en Aba, y Saul les cantarían a las dos niñas con su voz de barítono, les enseñaría a bailar el vals y cuidaría de sus gatos cuando lo abandonasen.

Pero antes de que nacieran las niñas, ellos dos (la mujer delgada y el hombre enérgico) vivían en una casa grande del barrio de los médicos, la que tenía el hibisco fuera y el azul cáscara por dentro. Saachi era enfermera, una mujer sensata, con lo que juntándolos a los dos era probable que el bebé recién llegado sobreviviera. Cuando nos aburríamos de la casa, revoloteábamos y dibujábamos grandes arcos en el aire, jugando por el recinto y viendo como los tallos del ñame escalaban por las varas que los sostenían, como se secaba la seda del maíz al madurar, como se hinchaban los mangos y les salían manchas amarillas antes de caer. Saachi se sentaba a contemplar a Saul mientras él llenaba dos cubos de esos mangos y se los llevaba. Ella se los comía enteros, con piel y todo, toda la pulpa jugosa, hasta rascar la semilla con los dientes como un hueso seco. Después hacía mermelada de mango, zumo de mango, todo tipo de cosas de mango. Se comía como diez o veinte al día y, después, también unos cuantos aguacates de los grandes. Esos los rebanaba alrededor del hueso y sacaba la carne mantecosa y la engullía. Así fue como se nutrió nuestro cuerpo fetal y así eran nuestras visitas, y cuando nos hartábamos de su mundo, nos íbamos al nuestro. Por entonces todavía éramos libres. Pasábamos al otro lado como si nada, siguiendo las amargas corrientes de tiza.

En aquellos años del Queen Elizabeth, el taxista de la casa era un hombre que tenía el interior de su coche empapelado con el eslogan NO HAY ATAÑOS QUE LLEVEN AL ÉXITO. Eran siempre las mismas palabras, que se volvían cada vez más gruesas con cada nueva capa de pegatinas, algunas despegadas, otras nuevas y relucientes. Todos los días, Saachi dejaba a su pequeño Chima en casa, con la niñera, y el taxista la llevaba desde el recinto hasta la consulta de Saul, en el centro del pueblo. Una mañana (el día que morimos y nacimos) se puso de parto por el camino, en el coche que recorría el laberinto de carreteras rojas. El conductor dio media vuelta de un volantazo, siguiendo las órdenes que, entre jadeos, le dictaba Saachi, y la

llevó al hospital Aloma en vez de al suyo. Mientras su cuerpo nos llamaba y se escurría, lo único que Saachi tenía para fijar la vista eran esas pegatinas que como un enjambre rodeaban los asientos, recordándole que no existía el camino corto.

Mientras tanto, algo tiraba violentamente de nosotros, arrastrándonos a través de las puertas, obligándonos a cruzar un río y salir a hurtadillas del vientre de la mujer delgada, arrojados a las ondas del agua y al interior del pequeño cuerpo que flotaba dormido en su interior. Llegó el momento. Una vez estuviera alojado el feto, se nos concedería la libertad. Pero el feto se quedaría solo, ya no sería carne dentro de una casa sino una casa en sí mismo, y éramos nosotros quienes debíamos habitarla. Nos habíamos habituado al golpeteo sordo y cálido de dos latidos separados por paredes de carne y líquido, acostumbrado a tener la opción de marcharnos, de volver por donde habíamos venido, libres como los espíritus han de ser. ¿Ser elegidos y encerrados en la conciencia difusa de una pequeña mente? Nos negamos. Sería una locura.

El cuerpo de la mujer delgada era dado a partos rápidos. El niño, el primogénito, nació en una hora, y un año después de nacer nosotros, la tercera solo tardaría dos. Nosotros, en el medio, pasamos seis aferrándonos al cuerpo en contra del tirón. No hubo atajos.

Era el sexto día del sexto mes.

Al final, los médicos introdujeron una aguja en Saachi y la alimentaron por goteo, combatieron nuestra resistencia con fármacos y expulsaron el cuerpo que se estaba convirtiendo en el nuestro. Así fue como nos atrapó ese raro alumbramiento, esa abominación de lo carnal, y así fue como acabamos aquí.

*

Veníamos de alguna parte, como todo. Cuando se da la transición del espíritu a la carne, las puertas tienen que cerrarse. Es un favor.

copia no comercial

Sería cruel no cerrarlas. Quizá los dioses se olvidaron; a veces tienen ese tipo de despistes. No es que tengan mala intención –o, al menos, no suelen tenerla–. Pero se trata de dioses, al fin y al cabo, y les trae sin cuidado lo que le suceda a la carne, sobre todo porque es una cosa lentísima y aburrida, burda y extraña. No le prestan demasiada atención, salvo cuando toca recolectarla, organizarla y ponerle alma.

Pues bien: cuando esta (nuestro cuerpo) se abrió paso hasta el mundo, escurridiza y más ruidosa que un pueblo de tormentas, las puertas seguían abiertas. Para entonces nosotres teníamos que haber estado ya anclados a ella, dormides dentro de sus membranas y en sincronía con su mente. Ese habría sido el método más seguro. Pero como dejaron las puertas abiertas –y no cerradas, para que no recordásemos–, nos desorientamos. Éramos a la vez viejes y recién nacides. Éramos ella y, al mismo tiempo, no lo éramos. No estábamos conscientes, pero sí vivos. De hecho, ese era el problema primordial: que éramos un *nosotres* aparte en lugar de ser, pura y llanamente, *ella*.

Conque ahí estaba ella: un bebé gordo de pelo negro, espeso y húmedo. Y ahí estábamos nosotres: criaturas en este mundo, ciegas y hambrientas, aferradas en parte a su carne, con el resto arrastrándose tras de nosotres por las corrientes que franqueaban las puertas abiertas. Siempre hemos querido pensar que fue algo que los dioses hicieron por descuido, y no un caso de negligencia intencionada. Pero poco importa lo que pensemos nosotres, aun siendo lo que somos para ellos: su prole. Los dioses son insondables –cualquiera con sentido común es capaz de entenderlo– y, básicamente, tan delicados con su propia descendencia como con la vuestra. Quizá con nosotres lo sean incluso menos, pues vuestras criaturas son meros sacos débiles de piel con un alma temporal. Nosotres, por el contrario –su descendencia, las crías, diosillos, ogbanje–, somos capaces de soportar dosis muchísimo más altas

de horror. Poco importaba aquello: estaba claro que ella —el bebé— iba a volverse loca.

No nos despertamos, pero mantuvimos los ojos abiertos, y seguimos prendidas a su cuerpo y a su voz mientras ella crecía durante aquellos primeros años, años lentos en los que todo y nada ocurre. Era brillante y arisca, un sol palpitante. Violenta. Gritaba mucho. Era rechoncha y preciosa y estaba loca, como habría visto quien hubiera sabido verlo. Decían que salía a la familia de su padre, a la abuela que estaba muerta, por su piel oscura y pelo espeso. Saul, sin embargo, no le puso el nombre de su madre, como quizá habría hecho otro hombre. Era sabido que las personas regresaban en cuerpos renovados; es algo que ocurre constantemente. Nnamdi. Nnenna. Pero cuando Saul miró en la negrura húmeda de los ojos de su hija —algo sorprendente para tratarse de un hombre ciego, un hombre moderno—, él no cometió ese error. Por algún motivo supo que lo que le devolvía la mirada desde dentro de aquella niña, fuera lo que fuera, no era su madre, sino otra persona, otra cosa.

Todo el mundo prensaba el aire a su alrededor para pellizcarle las mejillas y las capas de tejido graso de debajo, atraídos por lo que creían que era, cuando en realidad se trataba de nosotres. Incluso durmientes hay cosas que no podemos evitar, como atraer a los seres humanos. Ellos también tiran de nosotres, pero de uno en uno: tenemos preferencias. Saachi vigilaba a las visitas que venían y se apelotonaban alrededor del bebé con la preocupación germinando en ella como un brote verde. Todo aquello era nuevo. Chi-ma había sido un bebé tan callado, tan tranquilo, aire fresco para el temperamento caluroso de Saachi. Intranquila, buscó un pottu. Encontró uno: un círculo oscuro de negro aterciopelado, un tercer ojo portátil que le fijó al bebé en la frente, sobre la suave extensión de piel recién estrenada. Un sol para repeler el mal de ojo y frustrar las intenciones de mala gente capaz de hacerle carantoñas a un bebé para después maldecirlo en voz baja. Siempre fue una mujer

práctica, Saachi. Era probable que la niña sobreviviera. Al menos los dioses habían elegido humanos responsables, humanos que la querían a rabiar, pues es en esos primeros años cuando es más probable perder a las criaturas. En cualquier caso, eso no compensa por lo que pasó con las puertas.

El padre humano, Saul, se había perdido el parto. Nunca le prestamos mucha atención cuando éramos libres; no nos parecía interesante. Su cuerpo no albergaba ni recipientes ni universos. Estaba por ahí, comprando cajas de refrescos para los invitados, mientras su esposa luchaba con nosotros por arrebatarnos distintas liberaciones. Saul siempre fue de ese tipo de hombres, los que se dedican al estatus, la imagen y el capital social. Es decir, a cosas humanas. Pero había sido él quien permitió el nombre que se le dio a la niña, y no fue hasta más tarde, ya en la vigilia, cuando nos enteramos de aquello. Entonces entendimos al fin por qué había sido él el elegido. Muchas cosas empiezan con un nombre.

Después de que naciera Chima, el niño, Saul pidió una hija, así que cuando nuestro cuerpo hubo llegado le puso un segundo nombre que significa «Dios respondió». Lo que quería decir era que los dioses respondieron. Que nos llamó y respondimos. Pero él no sabía que era eso lo que él quería decir. A menudo los humanos rezan y luego se olvidan de lo que son capaces sus bocas, olvidan que todos los oídos están atentos, que cuando orientas tu anhelo hacia los dioses, los dioses pueden tomárselo como algo personal.

La iglesia se había negado a bautizar a la niña si no le ponían ese segundo nombre; el primero les parecía impropio de un cristiano, un nombre pagano. El día del bautizo, Saachi seguía tan espigada y angulosa como Londres, mientras que el estómago de Saul empezaba a abombarse un poco más que antes, una prominencia estable. Vestido con un traje blanco de solapas anchas y corbata blanca sobre una camisa negra, permaneció de pie y atento con las manos entrelazadas, observando al sacerdote mientras este marcaba la

frente del bebé que descansaba en los brazos de su esposa. Saachi miraba hacia abajo desde el otro lado de las gafas de cristal grueso, centrando la vista en la niña con una gravedad serena. Llevaba un sombrero blanco calado sobre el largo cabello negro y un vestido de terciopelo granate con unas hombreras de corte riguroso. Chima estaba de pie junto a su padre, vestido de verde oliva, tan pequeño que la cabeza apenas le llegaba a las manos de Saul. El cura seguía con su monótono discurso y nosotros dormíamos dentro de la niña mientras el sabor estancado del agua bendita le empapaba la frente y se filtraba hasta nuestro reino. No dejaban de invocar el nombre de un hombre, un cristo, otro dios. El agua vieja lo atrajo y él volvió la cabeza en un movimiento paralelo al nuestro.

El sacerdote siguió hablando mientras el cristo se acercaba dispersando fronteras, arrastrando un océano negro tras él. Luego pasó las manos por encima del bebé, manos que acumulaban agua de granada y miel debajo de las uñas. La niña se había quedado dormida en brazos de Saachi, pero en aquel momento, al tacto del cristo, se despertó un poco y le aletearon los párpados. Nosotros dimos media vuelta. El cristo inclinó la cabeza, esa espuma de rizo negro, esa piel color nuez, y dio un paso atrás. Le habían ofrecido a la niña y él iba a aceptarla; no le importaba quererla. Unas gotas de agua se le colaron al bebé en la oreja cuando el cura declaró el segundo nombre, la respuesta del dios, el nombre que había exigido la iglesia al no saber que el primero contenía más dios de lo que podían imaginar.

Saul había consultado la elección de ese primer nombre con su hermano mayor. El hermano, un tío de la niña que murió antes de que pudiéramos recordarlo (una pena: si alguien hubiera sabido qué hacer con lo de las puertas, habría sido él), se llamaba De Obinna y era un profesor que había viajado por los pueblos del interior, que conocía las cosas que se practicaban allí. Decían que era miembro de la iglesia de los Querubines y Serafines, y parece que así fue, al morir. Pero era además conocedor de las canciones y danzas

de Uwummiri, la devoción que se ahoga en el agua. Toda el agua está conectada. Toda el agua dulce mana de la boca de una pitón. Cuando Saul tuvo la sensatez de no ponerle a su hija el nombre de su abuela, De Obinna intervino y sugirió el primer nombre, ese que contiene todo el dios. Años más tarde, Saul le contó a la niña que el nombre significaba «preciosa», pero es una traducción bastante libre e inadecuada, correcta e incompleta al mismo tiempo. El nombre, en su verdadera forma, significaba el huevo de una pitón.

Antes de que una amnesia provocada por el cristo golpease a la humanidad, era de sobra conocido que la pitón era sagrada, mucho más que reptil. Es el manantial del arroyo, la forma carnal de la deidad Ala, que es la tierra misma, la juez y madre, la dadora de ley. Sobre sus labios el hombre nace y en ellos pasa toda la vida. Ala alberga el inframundo repleto en su vientre, que los muertos expanden y contraen, una luna creciente suspendida sobre ella. Era tabú matar a su pitón, y de su huevo solían decir que es imposible de encontrar. Y si lo encontráis, añadían, no podéis tocarlo. Pues el huevo de una pitón es el linaje de Ala, y el linaje de Ala no está ni podrá estar nunca destinado a vuestras manos.

Esta es la hija que pidió Saul, la carne de la oración. Es mejor no decir siquiera el que es su primer nombre.

Nosotros la llamábamos el Ada.

Pues bien: el Ada era nuestra y de Ala y de Saachi, y a medida que iba creciendo, llegó un momento en el que nos negamos a gatear como lo hacen casi todos los bebés. El Ada optó por retorcerse y reptar sobre el estómago, pegada al suelo. Saachi la miraba y se preguntaba, distraída, si la niña estaba demasiado gorda para gatear como es debido, y observaba los anillos prietos de carne nueva culebrear sobre la alfombra. «La niña se arrastra como una serpiente», mencionó una vez al teléfono con su propia madre, que se encontraba al otro lado del océano Índico.

Por entonces Saul dirigía una pequeña clínica en la sección masculina del edificio de apartamentos en el que vivían, en la avenida Ekenna, número diecisiete, construido con miles de pequeños ladrillos rojos. En aquella clínica le pusieron la antitetánica al Ada después de que su hermano, Chima, le diera a la hermana más pequeña un trozo de madera del que sobresalía un clavo y dijera: «Pégale con esto». Nosotres no creímos que lo fuera a hacer, así que no nos preocupamos, pero él era el primogénito y la pequeña nos sorprendió. Sangramos mucho y Saul nos puso la inyección él mismo, pero al Ada no le quedó cicatriz, conque tal vez el recuerdo no sea real. No culpamos a la hermana pequeña, pues le teníamos cariño. Se llamaba Añuli. Era la última hija, el amén al final de una oración, una niña siempre bondadosa. Hubo una época en la que hablaba en una lengua que nadie salvo nosotres entendíamos, recién llegada como estaba del otro lado (pero, al contrario que nosotres, entera), así que parloteábamos con ella en aquella lengua y luego traducíamos para los progenitores de nuestro cuerpo.

Por las mañanas temprano, antes de que Saul y Saachi despertaran, el Ada (nuestro cuerpo) solía salir a hurtadillas del piso para visitar a los hijos de los vecinos. Ellos le enseñaron a robar leche en polvo y pegársela paladar, para luego desconcharla con la lengua poco a poco, aquel dulce aroma a bebé. Unos años más tarde, Saul y Saachi se llevaron a toda la familia a vivir calle abajo, al número tres, que tenía más dormitorios y un baño adicional. Un día demolieron el número diecisiete y alguien construyó otro edificio en el mismo lugar, una casa que no se parecía en nada a la antigua, sin un solo ladrillo rojo.

Pero los ladrillos aún estaban en pie cuando Saachi le enseñó a nuestro cuerpo a hacer sus necesidades en un orinal que tenía un asiento de plástico azul. El Ada tendría unos tres años, la mitad de seis, algo así. Entró al baño donde estaba el orinal, se bajó las bragas y se sentó con cuidado; aquello se le daba bien. Se le daban

bien también otras cosas: llorar, por ejemplo, algo que la colmaba de resolución, le rellenaba todas esas fisuras de vacío que tenía. De modo que cuando levantó la vista y vio una serpiente enorme frente a ella, enroscada sobre los azulejos, lo primero que hizo nuestro cuerpo fue gritar. La pitón levantó la cabeza y un tramo del cuerpo mientras el resto permanecía enroscado; las escamas se deslizaban suavemente unas sobre otras. No pestañeaba. Ala nos miró a través de sus ojos, y a través de los ojos del Ada nosotres la miramos a ella: nos estábamos mirando mutuamente por primera vez.

Pegamos un buen grito: salió a todo volumen y aprovechó casi toda la capacidad de nuestros pulmones. Solo descansamos para absorber ráfagas cálidas de aire con que arremeter de nuevo. Aquella manera de chillar fue una de las primeras cosas en las que reparó Saachi cuando nuestro cuerpo era un bebé. Se convirtió en una broma recurrente en la familia: «Aiyoh, ¡qué boca más grande tienes!».

Como Chima había sido un niño tan callado, nadie se había esperado que el Ada fuera tan escandalosa. Después de darle de comer y bañarlo, Saachi podía dejar a Chima en la cuna con los juguetes y él se ponía a jugar tranquilamente, él solo. Cuando nuestro cuerpo tenía seis meses, Saachi nos llevó a Malasia, al otro lado del océano Índico. Volamos con Pakistan Airlines, que hacía escala en Karachi. El personal de vuelo le prestó un moisés para meternos en él, pero lloramos con tal potencia que Saachi le dio al Ada hidrato de cloral disimuladamente para que se callara de una vez.

Cuando vivíamos en Aba, Chima solía quedarse mirándonos, impresionado con que nuestro cuerpo chillara cada vez que no nos daban lo que queríamos. La carne adolece de ciertas limitaciones que intrínsecamente carecen de sentido, restricciones de este mundo que son diametralmente opuestas a las libertades de las que gozábamos cuando aún nos dedicábamos a trepar por las paredes color azul cáscara y nos zambullíamos en cuerpos o salíamos de ellos a voluntad. Este mundo debería poder doblarse, así funciona-

ba antes de que nuestro cuerpo atravesara aquellos anillos y paredes de músculo, abriera los ojos, se llenara los pulmones de este mundo y anunciara a gritos nuestra llegada. Nosotres seguíamos dormidos, y sin embargo nuestra presencia dio forma al cuerpo del Ada y a su temperamento. La niña arrancaba los botones de los cojines y pintaba en las paredes. Todo el mundo estaba ya tan acostumbrado a las trastadas y a los gritos que, cuando el Ada se encontró frente a frente con la serpiente, paralizada por el miedo y proyectando su terror por la boca, nadie le hizo ningún caso. «Solo quiere llamar la atención», dijeron desde el salón, sin levantarse, y siguieron bebiendo botellas de cerveza Star. Pero esta vez el Ada no dejó de gritar. Saul frunció el ceño e intercambió una mirada con su mujer; la preocupación les cruzó el semblante. Él se levantó y fue a ver qué le pasaba a la niña.

Pues bien: Saul era un hombre igbo moderno. Se había formado en medicina con una beca en la Unión Soviética, tras lo cual vivió muchos años en Londres. Saul no creía en palabrerías ni supersticiones, ni en nada que sugiriese que una serpiente podía significar algo que no fuera la muerte. Cuando vio al Ada, su niña, llorando a lágrima viva de puro terror delante de una pitón, un miedo que hibernaba dentro de él le atenazó el corazón. El hombre levantó a la niña y se la llevó en volandas, cogió un machete, volvió al baño e hizo trizas a la pitón a machetazos. Ala —nuestra madre— se disolvió en una destrucción de escamas y trozos de carne; se fue por donde había venido, no regresaría nunca. Saul estaba enfadado. Era una emoción en la que se sentía a gusto, como si fueran unas pantuflas gastadas por el uso. Volvió a zancadas al salón con la mano aferrada al metal cubierto de sangre y vociferó al resto de la casa:

—Si esa niña llora, no deis por hecho que no pasa nada. ¿Me habéis oído?

El Ada temblaba acurrucada en los brazos de Saachi.

Saul no tenía ni idea de lo que había hecho.

Imagen de cubierta

Ana Galvañ es una autora de cómics e ilustradora murciana. Tras su paso por la Facultad de Bellas Artes de Valencia se especializó en creatividad y dirección de arte. Más tarde abandonó la publicidad para dedicarse de lleno al cómic y la ilustración. Actualmente vive en Murcia donde trabaja desde su propio estudio en el ámbito editorial. Ha colaborado con prensa y editoriales como *El País*, *The Guardian*, *The Washington Post*, *The New York Times* y *Berliner*. En el ámbito del cómic, sus historias han aparecido en publicaciones como *Fantagraphics*, *Nobrow*, *Kus!*, *Vertigo DC*, *Apa-Apa* y *Fosfatina*. En 2016 recibió uno de los diez premios Gráfica y en 2020 fue nominada a uno de los premios Ignatz. Recientemente ha publicado *Tarde en McBurger's*, una historia preadolescente y fantástica editada por Apa Apa cómics.

Traducción

Arrate Hidalgo. Bilbao, 1987. Traductora y agitada cultural. Formada en filología inglesa y estudios medievales, hoy trabaja promoviendo visiones de futuros posibles generadas a través de prismas no hegemónicos en los campos de la literatura, la creación artística y la divulgación. Es editora asociada del sello estadounidense Aqueduct Press, cofundadora del festival AnsibleFest y cocreadora del podcast de consonni radio *¿Qué haría Barbarella?*, todos ellos en la órbita de la ficción especulativa feminista. Como traductora del inglés al castellano, su trabajo incluye obras de, entre otras, Charlene A. Carruthers, Ursula Vernon, Koleka Putuma, Nalo Hopkinson, Ursula K. Le Guin y Octavia Butler.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2021 este grupo flexible que nos ha propuesto

contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez...

Este título ha sido sugerido por la traductora y agitadora cultural
Arrate Hidalgo.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Agua dulce de Akwaeke Emezi se terminó de imprimir el 16 de septiembre de 2021 en Gráficas Iratxe, Orkoien, Navarra, en el aniversario del nacimiento de Emilia Pardo Bazán (1851), periodista, feminista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, cate-drática y una precursora en sus ideas acerca de los de-rechos de las mujeres y el feminismo; puede que en el de la inventora y activista afroamericana Lyda D. New-man (sin fecha concreta, 1865), defensora del sufragio de las mujeres, tercera mujer afroamericana en recibir una patente en EE. UU. e inventora del cepillo moderno; de la compositora, pianista, organista, directora de or-questa, intelectual y profesora francesa Nadia Boulan-ger (1887); de la artista mexicana Cordelia Urueta Sierra (1908); del cantante y letrista de música jazz John Carl Hendricks (1921); de la icónica actriz estadounidense Lauren Bacall (1924); del músico, cantante y compositor estadounidense B. B. King (1925), considerado uno de los mejores guitarristas de la historia; del compositor y cantante de música pop el español Camilo Sesto (1946), entre otras muchas activadoras de comienzos.

Extraordinaria ópera prima de Akwaeke Emezi, *Agua dulce* indaga en la experiencia de vivir con un yo fracturado. Ada, la protagonista de esta novela, es una niña nigeriana que, por haber nacido «con un pie en el otro lado», acoge en su interior deidades y presencias ancestrales. Al madurar y trasladarse a una universidad de Estados Unidos, ese grupo de yoes gana fuerza y autonomía. A medida que Ada pasa a un segundo plano en su propia mente, su vida comienza a tomar direcciones sorprendentes. Inquietante y desgarradora, *Agua dulce* es la evocación de una forma insólita de experimentar el mundo, poniendo en diálogo la cosmología igbo con otras formas occidentales de construcción identitaria. Basada en las vivencias de Emezi, estamos ante una deslumbrante e ingeniosa novela de escritura lírica, energía feroz y anuncio de la llegada de una nueva y poderosa voz a la literatura contemporánea.

Este libro ha tenido una recepción maravillosa por parte de público y crítica, llegando a considerarse «Mejor libro del año 2018» por *The New Yorker* y la Biblioteca Pública de Chicago. Traducida a trece idiomas, *Agua dulce* ganó el Otherwise Award 2019 (anteriormente Tiptree) y el Premio Nommo. Asimismo, fue finalista del Premio PEN / Hemingway, el Premio Literario Lambda y el Women's Prize for Fiction, entre muchos otros.

«Una deslumbrante novela que explora la libertad de ser múltiple».
—**Katy Waldman, *The New Yorker***

«Osada y extraordinaria. [...] Poética y perturbadora. [...] Nos obliga a seguir cuestionando nuestro paradigma en cuanto a las causas de la enfermedad mental».—**Tariro Mzezewa, *The New York Times***

«Una exploración de la psique humana de gran belleza, a la par que perturbadora, de compleja concepción y, sin embargo, accesible para todo el mundo».—***Library Journal***

IMAGEN DE CUBIERTA
Ana Galvañ



Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org